

caridad, necesitan tener á la mano una mesa, medianamente espléndida que dé vigor á sus miembros, desfallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

El *buffet* era indispensable, y fuerza es decirlo: el hambre paga el *buffet*. Vuelven á llamar á la puerta, la puerta se abre, y entra otra cuenta; en la que, poco más ó menos, puede leerse lo siguiente:

«Alquiler de las sillas..., mil reales.»

Los pobres, en la imposibilidad de hacer otra cosa, pagan y suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudieran deber, probablemente serían ricos.

Y, además, ¿cómo han de negarse á pagar una deuda tan justa?

Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres, ¿no habían de tener una silla donde sentarse?

Las sillas no podían suprimirse.

Un nuevo golpe dado en la puerta anuncia una nueva visita.

No hay manera de negarse, porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre; la cuenta de los músicos, que dice, duro más ó menos.

«Orquesta..., dos mil reales.»

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables á los danzantes.

A nadie se le ha ocurrido jamás bailar sin ton ni son.

No hay más remedio que pagar.

De los diez y seis quedan cinco; pero vuelven á llamar á la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magnífica tienda de campaña que ha servido de salón en el baile campestre dado á beneficio de los pobres.

—¿Y qué quiere?

—Puesta y quitada, podrá subir á unos... dos mil reales.

Una tienda era allí de absoluta necesidad, porque allí había de comprarse el dulce placer de hacer bien.